

PRATDIP

*"Según la voz popular, antiguamente las tierras de los alrededores del pueblo estaban habitadas por una extraña clase de animales denominados <dips> (que es de donde procede el nombre del pueblo). Parece ser que eran una variante vampírica del perro. Se encuentran representados en el retablo de Santa Marina y en el escudo del pueblo. Sobre esta leyenda vampírica de los dips, Joan Perucho escribió su novela "Les històries naturals" **

Página web de Pratedip

Fragmento de "Las historias naturales", del capítulo IV: Pratedip.

"Pratedip es un pueblecito situado en una zona de grandes montañas salvajes, cubiertas de extensas pinedas perfumadas y con corrientes de agua helada y rapidísima. Grandes peñas grises, de carácter granítico, contrastan con las escasas franjas de tierra roja y fecunda, donde el campesino se afana en la labranza. La riqueza del país es, de todas formas, la cabra que trisca, valiente y decidida, y que se busca ella misma el alimento.

Pratedip se encuentra en mitad de una orgía de setas, cabras, perdices, lechugas y esmeraldas, encubierta en la falda de una montaña y coronada por un castillo en ruinas. Unos grandes prados se extienden a los pies, circunstancia que debió influir en el nombre de la villa, y los alrededores son de una extrema verdor. El verde predomina, verde tierno, verde manzana, verde ceniza, verde intenso, verde de verdolaga fresca, verde pensativo, verde borrascoso, verde de dip. Hay un gran lavadero comunal de aguas verdes y, en la entrada del pueblo, una majestuosa fuente de múltiples bocas dispensa una melodiosa maravilla refrescante, verde y fría.

El pueblecito es muy pequeño y, viniendo por la carretera, lo primero que uno observa, a parte del castillo, es una gran casa de piedra noble, residencia, digamos, más moderna, de los barones de Urpí, ya que el castillo fue abandonado en el siglo XVI. A medida que uno se acerca a Pratedip se hace patente una gran clamor de aves de corral. El cacareo es constante. Y una nube de plumas flota por encima de las casas".

Fragmento del capítulo VIII: El vampiro

... Se escuchaba la carcoma royendo algún mueble. Unos instantes después, sin hacer el más leve ruido, una sombra se proyectó contra el balcón, tapando, en parte, la claridad de la luna. La sombra oscilaba, como las alas de un monstruoso murciélago. Entonces, uno veía, de pie en el balcón, la alta figura de un hombre cubierto con una larga capa..."

Acababa de leerme este interesante libro, cuando en la redacción me concedieron diez días de vacaciones. Hacía mucho que los esperaba con ganas, puesto que llevaba tres años largos sin disfrutar de un solo día de fiesta y esto comenzaba a hacer estragos en mi carácter, abierto y alegre de natural, y en mi talante diario. De hecho no fui yo misma la que decidió tomarse unas vacaciones si no mi médico de cabecera. Fui a verle porque estaba muy nerviosa, tenía frecuentes dolores de cabeza y extraños ataques de ansiedad. Me recetó unas vacaciones en el campo, lejos del mundanal ruido y, a ser posible, en un lugar donde las diversiones fueran, sino nulas, por lo menos lo más apacibles posible. Es decir, muchos paseos por el bosque y comida sana y equilibrada.

Y así fue cómo le planteé al jefe de la redacción mi necesidad de descanso y cómo, posteriormente y aunque con cierta reticencia, me fue concedida.

No os lo he dicho, pero trabajo de redactora en una publicación de carácter pseudocientífico. Aunque esto pueda sonar interesante, tampoco lo es siempre. Mis últimos artículos han versado sobre estudios hechos acerca de leyendas y mitos de la Cataluña rural. No ha sido un trabajo aburrido, pero la mayor parte del tiempo me la he pasado consultando bibliotecas. A mi me gusta, pero puede ser que algunas personas lo encuentren tedioso y aburrido.

* "Las historias naturales", Joan Perucho. Edicions 62 - Colección "El Cangur" nº 69

A la gente hay que darle un poco de misterio y un poco de ficción mezcladas a partes iguales. Ese siempre ha sido el éxito de nuestra publicación.

Como he dicho, acababa de terminar el libro de Perucho cuando le dieron el visto bueno a mis vacaciones. Y como soy curiosa por nacimiento -y por defecto profesional, me temo- decidí irme por aquellos lares a descansar y, ¿por qué no?, a conseguir material para un artículo basado en los mitos de los vampiros de Prasdip. El pueblo, además, no ofrecía muchos más encantos que su ubicación, realmente fascinante por la vegetación y los panoramas que ofrecía, su castillo y la capilla de Santa Marina, que creo es la Patrona del lugar. Muchos paseos, mucha lectura y un poco de investigación, sin cansarse, durante diez estupendos días. O eso esperaba.

El caso es que un amigo mío tenía una casa en el pueblo y eso facilitó las cosas. Prasdip no es un lugar en el que sea fácil encontrar hotel, más que nada porque a pesar de haber estado viviendo diez días allí no sé si tiene una mala pensión. Tampoco me interesé por el asunto y, además, mis intereses, solucionado el tema del alojamiento, iban por otros derroteros.

Llegué un miércoles por la mañana al pueblo. Había sido un viaje relativamente tranquilo, por la A-7, saliendo de Barcelona en dirección a Tarragona. Como debe ser habitual en esa autopista, había gran tráfico de camiones. Mi pequeño Corsa, del año de la picor, no estaba para muchos trotes y menos para pisarle muy a fondo. Aún así, me mantuve a buen ritmo todo el trayecto, hasta la salida de Vandellós, por la que tomé, enfilando la carretera que lleva hasta Prasdip.

Mi amigo me había dibujado un burdo mapa indicando la ubicación de su casa, en la urbanización "Les Planes del Rei", para que no me resultara difícil encontrarla. De todas formas, no resultó complicado porque la mayor parte del pueblo está concentrado en la cima de la colina, alrededor del castillo, y la urbanización se extiende a las afueras de forma muy clara.

La casa era simplemente acogedora. Me gustó en seguida. Tenía un cierto aire de abandono, porque mi amigo hacía bastante que no la utilizaba y no había decidido alquilarla ni venderla en todo aquel tiempo. Pero, a pesar de una cierta cantidad de polvo acumulado y de la necesidad que tenía de aireación, todo estaba en orden y la casa pronto se llenó de luz -resaltando, eso sí, que necesitaba una limpieza a fondo- y de aire fresco.

Después de instalarme, decidí ir a visitar el pueblecito. Las cuestas empinadas de las calles que llevaban al castillo me hicieron perder pronto el aliento. Una fumadora empedernida como yo no está para tanto trote... debería dejar de fumar. Las calles no estaban muy concurridas, había unas pocas tiendas en las que vendían un poco de todo, y el sonido de las aves de corral era lo que predominaba. No tenía mucha idea de cómo comenzar con el artículo. Tampoco, todo hay que decirlo, corría prisa. Tomé algunas fotos del castillo, del escudo de la población, en la que se veía la figura de un "dip", y de las casas que me parecieron más pintorescas. Quizá, más tarde, me dedicaría a preguntar a la gente sobre la leyenda, a ver qué sacaba en claro.

Antes de volver a la casa, pasé por un pequeño colmado y me aprovisioné de cuantas cosas pensé que podrían apetecerme para comer durante aquellos días. En el colmado encontré un poco de todo: bebida, conservas, embutidos, pan... y unas butifarras delgadas y larguísimas que tenían un aspecto de lo más apetitoso.

Después de una tranquila comida, decidí coger el coche y acercarme a la capilla de Santa Marina, que está carretera arriba. Por mi amigo, sabía que allí hay una especie de café-bar y una zona de picnic, que generalmente están concurridos durante los fines de semana. No era el caso, porque estábamos a miércoles, pero una visita, y quizás una pequeña charla con el propietario del bar, me daría algún material para escribir parte del artículo aquella noche. Mi jefe se pondría contento al ver que había aprovechado las vacaciones para traerle algo nuevo que publicar.

La capilla está a pocos minutos de distancia. En realidad a cuatro kilómetros del pueblo. En una explanada rectangular se ubica ésta, el bar y varias construcciones que, si no entendí mal habían sido antiguos hostales y un balneario. El santuario está rodeado de cipreses y, muy próxima a este, encontré una fuente de agua fresca.

Entré primero en el santuario -o capilla-. En el retablo están representados aquellos extraños seres, los perros vampiros que se denominan "dips". También me fijé en una enorme piedra

sepulcral que, más tarde, averigüé que era la de Jacobus de Carcassona, fechada en 1238. La iglesia estaba vacía y mis pasos resonaban en el suelo de piedra.

Salí nuevamente al sol de la tarde de septiembre y me encaminé al bar. Cuatro hombres jugaban al dominó, sentados en una de las mesas de la terracita, frente a la puerta del bar. Entré a la oscura frescor del local. El hombre que había al otro lado del mostrador me sirvió una cerveza fría. Y, luego, continuó leyendo el periódico que tenía frente a él. Yo no sabía cómo iniciar la conversación. Me senté en un taburete de la barra y comencé a beber tranquilamente, observando mi alrededor. El bar tenía ese aire de decaimiento de los locales rurales de pueblecitos pequeños y poco turísticos. Pero no era un lugar desagradable. Flotaba un olorcito a verdura en el aire que, probablemente, era producto de tantas comidas servidas durante años.

- Perdone - dije finalmente, dirigiéndome al hombre de la barra- Estoy pasando unos días por aquí y me gustaría hacer algunas excursiones. Quizás usted me pueda indicar.

El hombre levantó la vista del periódico.

- ¿Qué es lo que quiere hacer? ¿Caminar? ¿Visitas culturales?
- Bueno, un poco de todo, caminar, visitar algunos lugares de interés.
- Pues mire, puede visitar el santuario de Santa Marina, que está justo enfrente. Aunque imagino que ya lo ha visto ¿no?
- Sí, ya he estado. Y también he visitado el pueblo. He visitado la Iglesia Parroquial y el castillo.
- ¿Ha visto el Molí de Més Amunt?
- Pues no.
- Está bajo el castillo. Se dice que guarda enterrados los tesoros de un francés, dentro de una piel de cabra. Bueno, eso se dice, claro. Ya sabe, las leyendas.
- Me interesan las leyendas - la conversación iba por buen camino y sin mucho esfuerzo por mi parte - ¿Hay alguna leyenda aparte de ésta en la zona?
- Sí, la de los dips. No sé mucho al respecto, pero se dice que eran perros vampiros. Y verá que están dibujados en el escudo del pueblo.
- Yo creía que lo de Pratedip estaba relacionado con un noble, Onofre de Dip, que vivió en el castillo.
- Pues no le sabría decir, la verdad. Aquí siempre se ha llamado al pueblo "El Prat". Por cierto, que también se puede acercarse a la Cueva de Pratedip. Aunque no sé si se puede visitar. Pregunte en el pueblo y le dirán.
- ¿Usted es de aquí?
- Bueno, yo vivo en Vandellós en invierno. Y abro el bar desde mayo hasta octubre. En invierno hay poco movimiento. En verano tenemos bastante gente que viene de excursión o a comer a la zona de picnic. Igual puede ser que encuentre información preguntando a alguno de los excursionistas. Los fines de semana viene mucha gente por aquí.

Terminé mi cerveza, le di las gracias por la información y salí. La tarde se había estropeado y unas nubes oscuras y rollizas amenazaban lluvia. Una ráfaga de aire húmedo me revolvió los cabellos. Era hora de volver a casa. No había conseguido mucho material, pero sí alguna cosa con la que comenzar. Esa noche, enchufaría el portátil y me conectaría a la red. A ver si encontraba alguna cosa sobre las cuevas, los dips y Onofre de Dip. Además, tomaría notas de lo que Perucho explicaba en el libro sobre este personaje y sobre el lugar.

Fragmento de "Les històries naturals", capítulo X: Una historia de los Cárpatos.

"En el siglo XIII, reinando el hercúleo y poderoso monarca Jaume I, habitaba el castillo de Prat el señor del lugar, Onofre de Dip, caballero que si no se singularizaba por su riqueza, de origen mozárabe, en cambio había conquistado la estima y el favor real por su fidelidad a la Monarquía y a su aguerrido valor. Cuando se concertaron las bodas del rey, viudo de su primera mujer, con la princesa Violante de Hungría, el rey se vio obligado, naturalmente, a enviar embajadores a aquellas tierras lejanas, cuyo cortejo, superando la proverbial estrechez catalana, fue particularmente fastuoso con vistas a impresionar aquella nebulosa corte de la que nadie tenía referencia concreta. Uno de estos embajadores fue Onofre de Dip. Sabemos que a Onofre de Dip le ocurrió una de las cosas más horribles que pueden pasarle a un mortal, antes de la que es preferible mil veces seguidas la muerte y el tormento. Onofre de Dip, en su viaje hacia la corte

húngara, atravesó las altas montañas de los Cárpatos, lugar en que la noche de San Juan se concentran todas las fuerzas maléficas de la tierra, y fue invitado al castillo de la bellísima duquesa Merczyr. Los campesinos de los alrededores, cosa que naturalmente ignoraba Onofre, se persignaban cuando escuchaban mencionar a la duquesa y evitaban sistemáticamente aproximarse al castillo. Decían que era un vrolak o vlkoslak, es decir, un vampiro.

Onofre de Dip se enamoró de la duquesa. Mejor dicho, fue la duquesa la que sedujo a Onofre. En la noche de la víspera de Sant Jordi, aquel, con un propósito reprobablemente erótico, pero hasta cierto punto disculpable, creyó rendir a la bella. Cuando se inclinaba sobre su rostro de marfil, la ávida lujuria de Onofre se vio truncada, de repente, por un mortal y nauseabundo aliento. Era demasiado tarde. Dos colmillos finísimos se le clavaron en el cuello mientras los hijos de la noche ululaban en el exterior. Onofre no murió; pero, cosa aún peor, quedó inoculado, convertido en un vampiro".

* * *

La historia seguía contando que Onofre desapareció del cortejo y su patrimonio fue entregado a los parientes más próximos, los Urpí. Y desde entonces, Onofre, cadáver viviente, volvía periódicamente desde Cracovia para reivindicar sus derechos sobre la villa.

Retrocedí algunas páginas para leer cómo Antoni de Montpalau se había enfrentado con el vampiro, que se escondía en el castillo.

Lo cierto es que, desde un punto de vista histórico no tenía ni idea de si aquello era cierto o no. En el libro no se mencionaba, de forma categórica, que al menos Antonio de Montpalau fuera un personaje sacado de la historia. Ya veía venir que me tocaría volver a leer la novela entera, subrayando cada frase que pudiera encontrar de interés en el libro.

Bostezando, cerré el ordenador. Aunque no encontrara mucha más información, con un poco de imaginación por mi parte y algunas fotos tomadas en el pueblo, aquello podría convertirse en un artículo para la revista. Aunque no fuera uno de primera línea.

* * *

Sabía que el castillo estaba en ruinas, como ya había comprobado personalmente en mi corta visita al centro de la población, pero quizá hubiera forma de visitar alguna parte que aún estuviera en pie. Con ese propósito en mente, me dirigí al ayuntamiento. Ante mi sorpresa, el alcalde, un hombre agradable y educado que despertó de inmediato mis simpatías, me recibió sin hacerme esperar mucho. Le comenté que estaba escribiendo un artículo sobre la leyenda de Pratedip y que me gustaría poder visitar el castillo. Se ofreció a enseñarme él mismo lo poco que se podía ver del lugar, aunque me aseguró que no encontraría nada de especial interés para lo que yo estaba escribiendo. Quizás hubiera sido preferible que tuviese razón.

La única parte del castillo que estaba en buenas condiciones era la cripta. Tiempo atrás habían instalado unos focos en la misma, pero finalmente nunca se había abierto al público. Los focos iluminaron una abovedada cámara, de altos techos y enormes paredes de piedra. Había algunos sarcófagos, sin marcas que identificaran quién estaba allí enterrado. Me fijé en uno de ellos, en el que había una inscripción ilegible, junto a un tosco y gastado grabado de un dip (el mismo perro que se podía ver en el escudo de la ciudad). Tomé una fotografía de aquel grabado para adjuntarla a mi artículo. La luz no era especialmente buena, pero mi cámara estaba preparada para tomar fotos en lugares poco iluminados.

El señor Alcalde fue amabilísimo, me explicó lo poco que sabía sobre la leyenda y comentamos algunos pasajes del libro de Perucho, que él también había leído y que había disfrutado en su momento.

Decidí que sería interesante hacer una visita nocturna al castillo y echar un vistazo a la tumba que me había llamado la atención. Le pedí al alcalde si era posible que me dejara durante un par de días la llave de entrada al castillo, para alguna otra localización, sin tener que volver a molestarle. Para que viera mi buena fe y darle una garantía de devolución, le di mi DNI a cambio. Pareció vacilar, pero luego aceptó y me dejó la llave, pidiéndome que la devolviera lo antes posible.

Nos despedimos frente a la puerta del ayuntamiento y yo bajé hacia la casa de mi amigo. Quería prepararme para la incursión nocturna.

Me preocupaba especialmente la tapa de la tumba. Probablemente sería imposible de mover. Y yo quería comprobar una cosa que había leído en el libro de Perucho. Era simple y llana curiosidad lo que me movía. No esperaba hallar nada allí, salvo quizás algunos huesos resecos o un montón de polvo. También me preocupaba el tema de "profanar" una tumba, pero esperaba que su inquilino no se molestase mucho por mi intromisión.

* * *

Pasé gran parte del resto del día buscando cualquier información que pudiera encontrar a través de Internet. No encontré mucho más material del ya conseguido. Había un estudio, en inglés, del libro de Perucho que resumo a continuación:

<"La historia natural", originalmente publicada en 1960 en catalán, ha sido traducida al inglés en 1990. Ambientada en la España del siglo XIX, entremezcla la leyenda de Drácula con intrigas políticas, relaciones personales y, con historia natural.

El protagonista, Antoni de Montpalau recibe una misteriosa carta dirigida a su amigo, el Marqués de la Gralla. Por lo que parece, cada noche un habitante de Pratedip es encontrado muerto, desangrado, con dos agujeros en su cuello; los habitantes viven en temor constante, contando sólo con verdolaga como defensa contra la criatura que ellos llaman el Dip. Como científico, Montpalau no puede dar crédito a la existencia de criaturas tales como el Dip, pero determina ir a Pratedip a investigar. Después de unos días de investigación preliminar, decide salir con su amigo Novau en un carruaje festoneado con ajo.

"La historia natural" ofrece una variedad de episodios sin paralelismo en la mayoría de novelas de vampiros. Nuestro protagonista se encuentra cogido entre fuegos cruzados; es amenazado por aberraciones tales como un toro que se desvanece o una cabra bailarina, por no mencionar a las pulgas gigantes; salva la vida de una víctima del Dip; se enamora; y aún tiene tiempo para dedicarse al estudio de la naturaleza.

Para los aficionados a los vampiros, la mejor parte de "La historia natural" es el antagonista Onofre de Dip. Comparte la tradicional necesidad de sangre del vampiro, pero sus poderes de transformación exceden a las pesadillas diurnas del Conde Drácula. Sin embargo, el Dip es vulnerable no sólo al ajo si no a la verdolaga, al exorcismo y a otros procedimientos simbólicos. Perucho ha mostrado una sutileza rara en autores de horror, sólo dejando vislumbrar al Dip. El Dip no es un vampiro típico: "La historia natural" no es una novela típica de vampiros.>

* * *

Después de leer este último documento y de revisar el montón de papeles y anotaciones que tenía sobre la mesa del comedor, que yo usaba como improvisado escritorio, comencé a escribir esta historia, anotando todo lo que iba ocurriendo durante mi visita e investigación del tema. Lo curioso del caso es que yo había venido a descansar, a olvidar mi trabajo y el estrés diario, y lo único que estaba haciendo era, precisamente, trabajar, dormir poco y pasar horas sin fin frente al teclado del ordenador portátil.

A las diez de la noche, me preparé unos emparedados de pan de molde y los comí sin dejar de releerme las notas y documentos impresos que tenía en la mesa. Iba subrayando lo que me parecía interesante con un marcador verde, para luego utilizar la información en mi artículo. Quería dejar preparado el material más básico y mis impresiones sobre aquellos dos primeros días antes de salir a mi excursión nocturna.

* * *

Debía ser más de la una y media cuando salí de la casa en dirección al castillo. Cargaba con una bolsa de deporte, que había rescatado del garaje de la casa, que utilicé para transportar algunas

cosas que me serían de utilidad: una linterna, una palanca para abrir el sarcófago de piedra, un rollo de cuerda -que aún no sabía para qué serviría pero que había cogido por si acaso- y una pequeña lámpara de camping que me ofrecería mejor iluminación una vez estuviera en la cripta. La llave del castillo estaba en el bolsillo de mi chaqueta tejana, tintineando contra el pequeño mechero de metal.

Subí hasta el castillo. Las calles estaban completamente silenciosas, iluminadas por las farolas que arrojaban multitud de sombras a mi alrededor. Oí pasos y me escondí en una calle lateral. Un chico joven, vestido con tejanos y una chaqueta de color claro, pasó por mi lado, sin verme, fumando un pitillo. Me entraron unas tremendas ganas de fumarme un cigarrillo pero me contuve. No era el momento.

Llegué, por fin, al castillo sin más contratiempos. Accedí a la misma puerta por la que había entrado aquella mañana con el alcalde, y entré. Una vez dentro, preparada la linterna, proyecté el amarillento haz de luz hacia las escaleras que llevaban a la cripta. Mis pasos hicieron eco en las oscuras y vacías estancias. Reconozco que se me erizó el vello del cogote por un instante, pero sabía que no tenía nada que temer. Sólo era un viejo castillo abandonado.

Ya en la cripta, encendí la lámpara de camping, colocándola cerca de la tumba que me interesaba. Había traído también un buen pedazo de papel para calcar la inscripción de la tumba, cosa que hice antes de poner manos a la obra.

Luego, plegando y guardando cuidadosamente el calco en la bolsa de deporte, cogí la palanqueta para intentar abrir el sarcófago. Para mi asombro fue mucho más fácil de lo que pensaba. Conseguí levantar levemente aquella pesada tapa de piedra y arrastrarla un poco hacia un lado, lo suficiente para iluminar el interior. Por supuesto, dentro no había ni capa, ni zapatos dejados por el vampiro. Pero me atufó un penetrante olor a ajo. Lo que sí hallé, para mi perplejidad, fue un cristal de roca en forma de corazón. ¿El mismo que Antoni de Montpalau había dejado más de un siglo atrás, según la novela de Perucho?. Lo cogí entre mis manos y destelló bajo la luz blanquecina de la lámpara de gas. Recordaba aquel pasaje del libro, por haberlo leído y subrayado.

Fragmento de "Las historias naturales", capítulo VIII: El vampiro

"... Montpalau sacó del bolsillo de la levita un gran corazón rutilante de cristal de roca. Agachándose lo colocó sobre la capa, en el mismo sitio que hubiese ocupado el verdadero corazón del vampiro. Entonces, Amadeu y Novau vertieron el contenido de las ollas y cerraron la tumba."

Volví a casa hora y media más tarde. El corazón de cristal abultaba en el bolsillo de mi chaqueta, junto a la llave y el mechero. No sabía si había hecho bien en cogerlo, quizás debería haberlo dejado donde estaba, pero pudo más la tentación que la sensatez, y me lo llevé a casa.

Lo dejé todo en el comedor y me acosté, completamente exhausta y deseando más que nada en el mundo meterme en la cama y dormir doce horas seguidas.

* * *

El día siguiente amaneció soleado y despejado. El cielo era de un azul luminoso y no se veía ni la más leve traza de nubes. Me levanté tarde, con dolor de huesos y una desagradable sensación de cansancio. Lo cierto es que no estaba haciendo ningún caso a los consejos de mi médico y aquellas vacaciones no estaban ayudándome. Más que nada porque no estaba tomándome aquellos días como vacaciones, si no como trabajo exhaustivo de investigación. Debía ser deformación profesional y mi incapacidad de dejar de pensar en mi trabajo.

Me tomé mi tiempo para levantarme, ducharme y desayunar. Estaba decidida a ser más sensata y seguir la prescripción indicada: paseos, descanso y nada de trabajo. Después del desayuno, aún dolorida pero refrescada por la ducha, me acerqué al ayuntamiento. Quería devolver la llave del castillo al alcalde y agradecerle su colaboración. Después, metería toda la información en un sobre grande y acolchado, junto al calco, los carretes de fotos y mi relato de la investigación y lo enviaría a mi jefe por correo.

De camino al ayuntamiento, me detuve en una tienda a comprar sellos, que no había previsto comprar antes de salir de Barcelona. Generalmente siempre llevo algunos encima. Luego devolví la llave a la secretaria del alcalde, puesto que este estaba ocupado y no me podía atender, y volví a la casa. Quería dedicar algunas horas a terminar de escribir mi relato y así poder olvidarme de él durante algunos días. Tenía las anotaciones y los párrafos subrayados que me interesaba intercalar en el texto, y esperaba terminar el trabajo antes de cenar.

* * *

Había escrito ya unas seis o siete páginas en el portátil, cuando decidí preparar la cena. Guardé el documento en un disquete y dejé este sobre la mesa, después de etiquetarlo como "Pratdip". Me preparé una sopa de sobre y un buen trozo de butifarra acompañado de setas de lata salteadas. El olorcillo de las setas hizo que me percatara de mi apetito.

Comí tranquilamente sentada en el sofá, con una bandeja sobre el regazo, mientras veía una película en la televisión. La película era cualquier cosa menos interesante, pero sirvió para desconectarme de la leyenda de Pratdip y del artículo.

Después de fregar los cuatro platos sucios, me lavé los dientes y me metí en la cama, dispuesta a dormir toda la noche y no levantarme hasta, por lo menos, las diez. Necesitaba, al menos, dormir ocho o diez horas seguidas.

* * *

Desafortunadamente mis deseos de dormir diez horas de un tirón se vieron truncados. Me despertó un ruido procedente del exterior de la casa. No sabía a qué podía ser debido, pero parecía como si algún animal estuviera arañando la puerta de la casa. Miré mi pequeño despertador. Eran las cuatro y veinte de la madrugada.

Me puse la bata sobre el camisón, porque comenzaba a refrescar por la noche, y me dirigí a la puerta de la casa. Encendí la lámpara exterior del porche y salí a este.. El cielo, de un color oscuro y profundo, que me hizo pensar en un inmenso retal de negro fieltro, estaba despejado y en lo alto brillaba una enorme luna blanca. Luna llena. Todo estaba silencioso y sólo una ligerísima brisa movía los árboles de la calle, en un susurro suave y acompasado. Ya iba a volver a la cama cuando una sombra se movió cerca de la línea de árboles de la calle. Tras esta, otra más. Y otra. Conté cuatro sombras que se movían silenciosamente cerca de la casa. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo y me arrebujé en la bata. Mejor entraba en la casa. Sin duda serían perros vagabundos lo que yo había visto.

No me equivocaba en cuanto a lo de perros. Justo en el momento que me volvía para entrar en la casa, un perro salió de entre las sombras y se interpuso entre la puerta y yo. Era un perro blanco, moteado con grandes manchas negras. Me fijé que una de sus patas, que mantenía en alto, terminaba en un muñón. El perro no parecía agresivo pero no se apartaba y me asusté. Oí unos ligeros sonidos a mi espalda y, al mirar, descubrí que otros tres perros me rodeaban. El del muñón se acercó a mí, sin mostrar ningún tipo de agresividad, y cogiendo el borde de la bata con los dientes, estiró de mí.

Me sentía paralizada por el miedo, pero temía que pudieran atacarme a pesar de su apariencia tranquila. El perro estiró nuevamente de mí, como si quisiera que le acompañase. Intenté liberarme, pero el perro siguió insistiendo. Fue entonces cuando me desprendí de la bata, dejándola caer detrás de mí. Pero el perro que se mantenía a mi izquierda, lanzó una dentellada al borde de mi camisón, desgarrándolo mientras yo huía hacia la puerta.

Cerré con llave la puerta y aseguré todas las ventanas, bajando las persianas de todas ellas a mi paso, con precipitación. Luego me acosté en la cama, tiritando, y esperando que el sueño llegara pronto.

* * *

Al día siguiente levanté todas las persianas y me convencí de que había tenido un vívido sueño, una de esas pesadillas que nos hacen creer que lo soñado es realidad. Después de una vivificante ducha, me senté a desayunar. No quería volver a pensar más en todo aquel tema hasta que volviera a Barcelona. Estaba produciendo en mí una reacción insólita. Jamás, en ninguna de mis investigaciones, había terminado por obsesionarme de aquella manera, hasta el punto de tener pesadillas tan reales como la de la noche anterior.

Decidí que un buen paseo me haría bien. Ir caminando hasta el Santuario me serviría de ejercicio. Quizá podía tomar un refresco en el bar y, luego, informarme de dónde estaba la cueva para irle a echar un vistazo. Un vistazo turístico, por supuesto.

Al salir de la casa, descubrí la bata, tirada en el suelo del porche y sucia de tierra. Aquello me asustó y, antes de salir de la casa, fui a buscar el camisón, que no me había detenido a mirar. Como pensé, tenía un desgarró en los bajos. Lo ocurrido la noche anterior no había sido un sueño, después de todo.

Recuerdo aquellos cuatro kilómetros nebulosamente. Los caminé sin apenas darme cuenta, tan absorta estaba en mis pensamientos. Lo acontecido la noche anterior, que se me había antojado todo una alucinación debida al poco descanso y a la intensidad con la que me estaba tomando la investigación, parecía no ser tal. Y eso, no sólo me asustaba si no que aún me hacía desear más llegar hasta el fondo de la cuestión. Aquellos extraños perros parecían un calco de aquel que ilustraba el escudo de la población. Y sus intenciones, lejos de parecer agresivas, me parecían ahora más claras. Sin duda aquel perro quería que yo fuera a algún lugar. Mi curiosidad innata me decía que esperara otra noche, que volverían a buscarme, y que los siguiera. Pero mi instinto de supervivencia me decía que cogiera el coche mientras aún era de día y saliera de allí lo más rápido posible. Y yo luchaba entre esas dos intensas sensaciones, sin saber qué determinación tomar. Apenas me di cuenta, el recodo donde estaba el santuario apareció frente a mí.

Entré en el bar y pedí un martini. No acostumbro a tomar alcohol, se diría que soy casi abstemia, pero aquella mañana necesitaba algo fuerte, y no se me ocurría que otra cosa tomar. El sabor del whisky me repele y otro tanto me ocurre con el coñac. Además, como casi nunca bebo, hasta un martini me haría sentir ebria.

Me bebí el martini en unos pocos sorbos y le pedí otro.

- ¿No cree que es un poco pronto para beber tanto? - me dijo el hombre, con un tono inequívocamente preocupado.

No me apetecía contestarle. ¿Qué le iba a decir? ¿Qué estaba asustada? ¿Qué intuía que algo terrible me iba a pasar si no me iba inmediatamente de Prattedit? ¿Qué no tenía ni idea de que cosa terrible me iba a suceder pero que sabía que sería así?

El segundo martini me calmó un poco, me hacía sentir mareada pero, de alguna forma, menos asustada. Comencé a preguntarme porqué narices había ido al bar en vez de hacer las maletas. Resolví porque era mi forma de decirme a mí misma que no me marcharía. Por lo menos me quedaría una noche más. Sabía que estaba comportándome de forma temeraria, no sólo porque algo iba a suceder y no precisamente agradable, si no porque todo aquello estaba desquiciando mis pobres nervios. Había venido a descansar, a calmar mi ansiedad, y ahora estaba al borde de un ataque. Recuerdo, vagamente, que comencé a respirar aceleradamente, que sentía mi corazón latir en mi pecho, en una arritmia desesperada, y que todo comenzó a darme vueltas. Lo siguiente de lo que fui consciente era estar en una cama blanda, un olor a repollo hervido y un susurro de voces cerca de mí.

Cuando recuperé mis sentidos, me recosté en la cama en la que me habían tendido. El camarero estaba sentado cerca de la cama, en una silla vieja de madera.

- ¡Menos mal! -exclamó aliviado- Pensé que tendríamos que llevarla al médico.

- Me mareé...

- Sí, se cayó redonda al suelo. Un buen chichón se ha hecho señorita. Casi me mata del susto. Ya le dije que no debería haber bebido tan pronto por la mañana.

- Siento haberle dado semejante susto -le dije, sintiendo unas punzadas en mi cabeza que corroboraban lo del chichón- Estaba muy nerviosa y...
- Será mejor que la acompañe a su casa. No está en condiciones de volver sola al pueblo.
- Vine caminando -musité.
- Igualmente. En su estado no la dejaría marchar sola, ni en coche ni andando. ¿Puede levantarse?
- Creo que sí -me levanté torpemente, sintiendo que los huesos me crujían. La cabeza me dio vueltas, por un momento, hasta que las cosas parecieron volver a quedarse quietas a mi alrededor.

El camarero, que se llamaba Federico, me acompañó hasta la casita de la urbanización en su coche. No hablamos durante todo el trayecto. Mi mente continuó divagando, dudando, luchando contra la razón y contra la curiosidad. Cuando llegamos a la casa, la curiosidad había salido victoriosa y yo había decidido quedarme aquella noche en el pueblo.

- Cuidese, señorita -me dijo el hombre a modo de despedida.
- Lo haré - quise asegurarle, pero sabía que no cumpliría mi promesa.

Pasé todo el día terminando de preparar mis notas y escribiendo como una posesa. Antes de que pasara algo inevitable, quería dejar todos mis pensamientos y averiguaciones por escrito. Y enviárselo todo a mi jefe. Si algo me pasaba...

Era ya muy tarde cuando me acosté. Los perros no habían vuelto, pero yo sabía que volverían. Me acosté vestida, por si acaso, y el cansancio me venció en seguida. Aunque dormí poco rato.

Me despertó el ruido de pasos en el porche. No eran los pasos almohadillados de las patas de los perros. Eran pasos de botas.

Descalza me acerqué hasta la ventana que daba al porche y atisé por las cortinas, con el corazón desbocado en mi pecho y con manos temblorosas. Un hombre alto, vestido completamente de negro se paseaba por el porche. Vi varias siluetas trotar por la calle, arriba y abajo, y reconocí en ellas a los perros de la noche anterior. ¿Qué quería aquel visitante de mí? ¿Por qué se paseaba por el porche con ademán impaciente? Intuí la razón: yo no le había invitado a entrar en mi casa. Esperaba que yo saliera, que yo hiciera algún movimiento. Si yo me mantenía quieta y no abría la puerta, se marcharía con la llegada del amanecer. Pero mi curiosidad podía mucho más que yo. Si aquel era, como yo imaginaba, Onofre de Dip, había tanto que deseaba preguntarle. Claro que la curiosidad me podía costar cara.

En un ramalazo impulsivo fui hasta la puerta y le abrí. Se detuvo en el umbral. Nos miramos fijamente a los ojos. Aquella mirada suya, inyectada en sangre, era sumamente penetrante y quedé hechizada por sus ojos.

- ¿Me permite pasar? -me preguntó con una voz profunda y ronca.
- Sí - respondí, sintiéndome casi en trance.

Yo quería preguntarle tantas cosas. Pero no me dio tiempo. Su gélido abrazo me sorprendió. Sus ojos me tenían atrapada. Sentí su aliento, repugnante y fétido, cerca de mi rostro. Y vi sus colmillos. Puntiagudos y blancos. Estos rasgaron la piel de mi cuello y la sangre comenzó a brotar de la herida, alimentándole. Una extraña debilidad se apoderó de mí. Y, curiosamente, sentí una también extraña excitación que crecía dentro de mi cuerpo. No podría asegurarlo categóricamente, pero llegué a sentir un orgasmo mientras él me apretujaba entre sus brazos y saciaba su apetito con mi sangre.

Cuando desperté todo estaba a oscuras. Acostada en la cama, abrí los ojos pero no pude ver nada. De todas formas, mi visión se fue acostumbrando a la oscuridad reinante y al poco rato fui capaz de ver vagamente los contornos de muebles y enseres de mi dormitorio. Estaba sola. Me sentía muy cansada, mucho más de lo que jamás lo había estado. Era incapaz de mover siquiera una mano. Sólo podía mover los ojos dentro de sus cuencas a un lado y a otro.

Su presencia no se hizo de esperar. Apareció en el lindar de la puerta, ocupándolo completamente con su enorme cuerpo. Un miedo oscuro y profundo me invadió. Deseé salir corriendo y jamás volver la vista atrás, escapar de aquel terror. Pero ya era demasiado tarde. Yo había arriesgado todo en aquel juego y había perdido. Poco me quedaba de vida pero yo me trataba de apegar a ella.

Se acercó a mi y volvió a hincar sus dientes en mi piel, sorbiendo lo poco de vida que me quedaba. Mi vista se nubló y mis sentidos fueron perdiéndose en una compacta nube de olvido. Pero se detuvo un instante antes de que todo se convirtiera en un pozo negro. Lentamente me incorporó, cogiéndome por la nuca y colocó algo junto a mis labios. Era una copa. El sabor metálico del caliente líquido me sorprendió y repelió. Sentí náuseas. Pero bebí. Apuré toda la copa y esperé más. Y volvió a ofrecermme otra copa llena de aquel líquido que, comenzando a recuperar mis sentidos, pude ver que era roja y que ¡era sangre! Pero seguí bebiendo, una tras otro, los tragos que me ofrecía, hasta que me sentí saciada. Mi cuerpo se derrumbó sobre el edredón de la cama y dejé que el sueño se apoderará de mi consciencia.

* * *

Cuando volví a despertar, la habitación seguía estando a oscuras, pero mis ojos me permitieron ver nítidamente, como si tuvieran unas lentes de visión nocturna. O como si mis ojos fueran los de un gato. Los porticones de las ventanas estaban cerrados y no entraba ni el más leve rayo de luz. Alguien se había ocupado de que así fuera.

Me levanté de la cama, sintiéndome algo mareada pero en absoluto débil. Toda la casa estaba igualmente a oscuras. Recordando lo ocurrido la noche anterior no me atreví a abrir ninguno de los porticones. Todo me decía que yo ya no podría volver a ver la luz del día otra vez. Había creído que moriría aquella noche, pero el destino no permitió que fuera así, aunque temía que aquello iba a ser el principio de una pesadilla sin fin. Quizá el destino que estaba reservado para mí era peor que la muerte. Una muerte, en todo caso, en vida.

Los perros estaban estirados en el suelo de la salita. Ni siquiera se movieron cuando pasé por su lado. No vi al hombre por ningún lado. Pero sabía que volvería a buscarme.

Azuzada por una necesidad de darme prisa, me senté frente a la mesa. Cogí papel y bolígrafo y comencé a escribir. Quería terminar de escribir esta historia antes de que él volviera.

* * *

Escucho sus pasos en el porche. Ha vuelto. Entra. Carga con algo. Es un animal. Nos miramos. Él asiente en silencio como si supiera que estoy pensando. Ha traído comida para mí. Le sigo hasta la cocina. Allí desgarrá el cuello del animal muerto y vierte su sangre en una copa. Me tiende la copa y yo bebo. Bebo con desesperación. Me la vuelve a llenar. Una y otra vez. Y yo apuro cada vez la copa, ansiando tomar el caliente y espeso líquido que contiene. Hasta que mi sed queda saciada.

- Aún tienes poco apetito -me dice él, dejando al animal desangrado en el suelo- Pero pronto tendrás más. De momento habrá suficiente con algunos animales. Luego... Tú misma te procurarás tu alimento.

Asiento. Rodea mis hombros con su brazo y me lleva hasta la salita. Nos sentamos en el sofá, junto, muy juntos. Su aliento caliente choca contra mi rostro. Ya no me repugna.

- Querías saberlo todo sobre mí ¿no? - me dice, con tono jocoso - Te será fácil saberlo todo ahora. Hacía mucho que esperaba este momento. Levantaste la maldición al llevarte el corazón de cristal de roca y ¿debería decir que te condenaste?. Sí, te condenaste a ser mi compañera. Demasiado tiempo he pasado inmóvil, esperando este momento. Me siento agradecido hacia ti por haber levantado el maleficio que me mantenía atrapado. Y por haberte entregado, sin saberlo, a mí.

- ¿Soy un vampiro?

- ¡Qué pregunta! Creo que deberías saber la respuesta. Aunque es posible que aún no te hayas hecho a la idea. De todas formas, ¿te parece a ti que la compañera de un vampiro no lo es también?

* * *

Recibí un sobre abultado ayer. No tuve tiempo de mirarlo, porque tenía una reunión urgente, pero esta mañana lo he abierto. Y ahora no puedo dar crédito a lo que acabo de leer. La carta va dirigida a mí y la remite Carolina Sánchez. Pensé que estaría tranquilamente disfrutando de unas vacaciones. Pero no. Ha estado investigando por su cuenta. El sobre, además de la carta, incluía un montón de anotaciones y un largo relato. También había un disquete en el que están guardados todos los documentos que ha ido recopilando durante su investigación. La carta, de todas formas, es lo que me inquieta. Creo que debería enviar a alguien al pueblo a investigar sobre el tema. Quizá deba enviar a Juan. A él estos temas siempre le han fascinado.

* * *

Carta dirigida a Alberto Valente, redactor jefe de la revista, remitida por Carolina Sánchez desde Pratedip.

"Querido Alberto,

Junto a esta carta encontrarás todas mis anotaciones y toda la documentación que he ido recabando sobre el tema que he estado investigando -por mi cuenta y riesgo, lo reconozco- en Pratedip. También encontrarás el relato que he escrito sobre todo lo que me ha pasado durante estos días.

Siento no poder volver a la redacción pero si lees lo que cuento en mi relato, verás que me es del todo imposible. Hace una semana, exactamente, que Onofre me convirtió en lo que soy, y lo que me ha ocurrido, desde luego, no es para coger la baja precisamente. Lo cierto es que no está tan mal esto de ser vampira. Tiene sus ventajas y sus desventajas, pero sigo sintiéndome tan humana como siempre, aunque ahora siempre tenga las manos heladas. No, no estoy de broma. Quizá es que me siento de buen humor. Te aseguro que pasé un miedo horrible durante mi transformación, no es precisamente agradable, pero una vez te acostumbras, tiene su lado positivo. Lo único que de verdad añoro es ver la luz del sol, pero Onofre me ha asegurado que, con el tiempo, me acostumbraré a eso.

Te envío todo lo que he escrito. Me gustaría que trataras de publicarlo como un relato. Igual paso a la posteridad después de muerta. ¡Bah! No me hagas caso, es un chiste de mal gusto.

No voy a prolongar más esta carta. Quiero despedirme de ti, aunque no creo imposible que nos volvamos a ver.

Un saludo,

Carolina Sánchez
Ex corresponsal